

cesidad, manifestándose á cada instante con más fuerza, hizo languidecer horriblemente las conversaciones, imponiendo, al fin, un silencio absoluto.

De cuando en cuando alguien bostezaba; otro le seguía inmediatamente, y todos, cada uno conforme á su calidad, á su carácter, á su educación, abrían la boca, ostensible ó disimuladamente, cubriendo



con la mano las fauces ansiosas que despedían un aliento de angustia.

Rollo de manteca, varias veces, inclinóse como si buscase alguna cosa debajo de sus faldas. Vacilaba un momento, contemplando á sus compañeros de viaje; luego, erguía tranquilamente. Los rostros ibanse poniendo pálidos y crispados. Loiseau

aseguraba que pagaría mil francos por un jamoncito. Su esposa dió un respingo en señal de protesta; pero al punto se calmó. Era para la señora un martirio solamente la idea de un derroche, y no comprendía que, ni en broma, se dijeran semejantes atrocidades.

—La verdad es que me siento desmayado—advirtió el conde—. ¿Cómo no traje provisiones?

Cada uno hacía reflexiones análogas.

Cornudet llevaba un frasquito de ron. Ofreciólo, y rehusaron secamente. Pero Loiseau, menos aparatoso, decidióse á beber unas gotas, y devolviendo el frasquito, agradeció el obsequio:

—Al fin y al cabo, calienta el estómago y distrae un poco el hambre.

Reanimóse y propuso alegremente que, ante la necesidad apremiante, debían, como los náufragos de la vieja canción, comerse al más gordo. Esta broma, en que se aludía muy directamente á *Rollo de manteca*, fué mal recibida por los viajeros bien educados. Nadie le contestó, y solamente Cornudet sonreía. Las dos monjas acabaron de mascullar oraciones, y, con las manos hundidas en sus anchurosas mangas, permanecían inmóviles, bajando los ojos obstinadamente, ofreciendo al cielo, sin duda, el sufrimiento que las enviaba.

Por fin, á las tres de la tarde, mientras atravesaba la diligencia llanuras interminables y solitarias, lejos de toda población, *Rollo de manteca* se inclinó resueltamente para sacar de debajo del asiento una cesta.

Tomó primero un plato de fina loza, luego un vasito de plata y después un cacharro donde había dos pollos asados, ya despedazados y cubiertos de gelatina, dejando aún en la cesta otros manjares y golosinas, apetitosos, envueltos cuidadosamente: pasteles, quesos, frutas; las provisiones dispuestas para un viaje de tres días, con objeto de no comer en las posadas. Cuatro botellas asomaban el cuello entre los paquetes.

Rollo de manteca cogió un ala de pollo y se puso á comerla con mucha pulcritud, sobre medio panecillo de los que llaman «regencias» en Normandía.

El perfume de las viandas estimuló el deseo de los otros, agravando la situación, produciéndoles abundante saliva y contrayendo sus mandíbulas dolorosamente. Rayó en ferocidad el desprecio que á las viajeras inspiraba la moza; la hubieran asesinado, arrojándola por una ventanilla con su cubierto, su vaso de plata, su cesta y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos el cacharro de los pollos. Y dijo:

—La señora fué más precavida que nosotros. Hay gentes que no descuidan jamás ningún detalle.

Rollo de manteca hizo un ofrecimiento amable:

—¿Usted gusta? ¿Le apetece algo, caballero? Es penoso pasar todo un día sin comer.

Loiseau hizo una reverencia de hombre agradecido:

—Francamente, acepto; el hambre me obliga mucho. En la guerra como en la guerra. ¿No es cierto, señora?

Y lanzando en torno una mirada, prosiguió:

—En momentos difíciles como el presente, consuela encontrar almas generosas.

Llevaba en el bolsillo un periódico y lo extendió sobre sus muslos para no mancharse los pantalones, y con la punta de un cortaplumas, pinchó una pata de pollo, muy lustrosa, recubierta de gelatina. Dióle un bocado, y comenzó á comer, tan complacido, que aumentó con su alegría la desventura de los demás, que no pudieron suprimir un suspiro angustioso.

Con palabras cariñosas y humildes, *Rollo de manteca* propuso á las monjitas que tomaran algún alimento. Las dos aceptaron sin hacerse rogar, y con los ojos bajos, pusiéronse á comer de prisa, después de pronunciar á media voz una frase de cor-

tesía. Tampoco se mostró esquivo Cornudet á las insinuaciones de la moza, y con ella y las monjitas, tendiendo un periódico sobre las rodillas de los cuatro, formaron, en la parte posterior del coche, una especie de mesa donde servirse.

Las mandíbulas trabajaban sin descanso; abríanse y cerrábanse las bocas hambrientas y feroces. Loiseau, en un rinconcito, se despachaba muy á su gusto, queriendo convencer á su esposa para que se decidiera á imitarle. Resistíase la señora; pero, al fin, víctima de un estremecimiento doloroso como un calambre, accedió. Entonces el marido, con floreos retóricos, pidióle permiso á «su encantadora compañera de viaje» para servir á la dama una tajadita.

Rollo de manteca se apresuró á decir:

—Todo lo que usted quiera.

Y sonriéndole con amabilidad, le alargó el cacharro.

Al destaparse la primera botella de burdeos, presentóse un conflicto. Sólo había un vaso, el vaso de plata. Se lo iban pasando el uno al otro, después de restregar el borde con una servilleta. Cornudet, por galantería, sin duda, quiso aplicar sus labios donde los había puesto la moza.

Envueltos por la satisfacción ajena, y sumidos

en la propia necesidad, ahogados por las emanaciones provocadoras y excitantes de la comida, el conde y la condesa de Breville, y el señor y la señora Carré-Lamadon, padecieron el suplicio espantoso que ha inmortalizado el nombre de Tántalo. De pronto, la monísima esposa del fabricante, lanzó un suspiro que atrajo todas las miradas; su rostro estaba tan pálido como la nieve que sin cesar caía; se cerraron sus ojos, y su cuerpo languideció; desmayóse. Muy emocionado el marido, imploraba un socorro que los demás, aturdidos á su vez, no sabían cómo procurarle, hasta que la mayor de las monjitas, apoyando la cabeza de la señora sobre su hombro, aplicó á sus labios el vaso de plata lleno de vino. La enferma se repuso; abrió los ojos, volvieron sus mejillas á colorearse, y dijo sonriendo, que se hallaba mejor que nunca; pero lo dijo con la voz desfallecida. Entonces la monjita, insistiendo para que agotara el burdeos que había en el vaso, advirtió:

—Es hambre, señora; es hambre lo que tiene usted.

Rollo de manteca, desconcertada, ruborosa, dirigiéndose á los cuatro viajeros que no comían, balbució:

—Yo les ofrecería con mucho gusto...

Interrumpióse, temiendo herir con sus palabras la susceptibilidad exquisita de aquellas nobles personas; Loiseau completó la invitación á su manera, librándoles del apuro á todos:

—¡Eh! ¡Caracoles!, hay que amoldarse á las circunstancias. ¿No somos hermanos todos los hombres, hijos de Adán, criaturas de Dios? Basta de cumplidos, y á remediarse caritativamente. Acaso no encontremos ni un refugio para dormir esta noche. Al paso que vamos, ya será mañana muy entrado el día cuando lleguemos á Totes.

Los cuatro dudaban, silenciosos, no queriendo asumir ninguno la responsabilidad que sobre un «sí» pesaría.

El conde transigió. Dirigiéndose á la tímida moza y dando á sus palabras un tono solemne, dijo:

—Aceptamos, agradeciendo su mucha cortesía.

Lo difícil era el primer envite. Una vez pasado el Rubicón, todo fué como un guante. Vaciaron la cesta. Comieron, además de los pollos, una terrina de *foie-gras*, una empanada, un pedazo de lengua, frutas, dulces, un frasco de pepinillos y cebollitas en vinagre.

Imposible devorar las viandas y no mostrarse atentos con la moza. Era necesario hablar, y al principio les violentaba un poco; pero la discre-

ción de *Rollo de manteca* les condujo insensiblemente á una confianza que hizo desvanecer todas las prevenciones. Las señoras de Breville y de Carré-Lamadon, que tenían un trato muy exquisito, mostráronse afectuosas y delicadas. Principalmente la condesa lució esa dulzura suave de gran señora que á todo puede arriesgarse, porque no hay en el mundo miseria que lograra manchar el rancio lustre de su alcurnia. Estuvo deliciosa. Pero, en cambio, la señora Loiseau, que tenía un alma de gendarme, no se dobló, hablando poco y comiendo mucho.

Trataron de la guerra, naturalmente. Adujeron infamias de los prusianos y heroicidades realizadas por los franceses; todas aquellas personas que huían el peligro, alababan el valor.

Arrastrada por las historias que unos y otros referían, la moza contó, emocionada y humilde, los motivos que la obligaban á marcharse de Rouen:

—Al principio creí que me sería fácil permanecer en la ciudad vencida, ocupada por el enemigo. Había en mi casa muchas provisiones, y supuse más cómodo mantener á unos cuantos alemanes que abandonar mi patria. Pero cuando los vi, no pude contenerme; su presencia me alteró; me descompuse, y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh!

¡Quisiera ser hombre para vengarme! Pobre mujer, con lágrimas en los ojos, los veía pasar, veía sus corpachones de cerdo y sus cascos puntiagudos, y mi criada tuvo que sujetarme para que no les tirase á la cabeza los tientos de los balcones. Después fueron alojados, y al ver en mi casa, junto á mí, aquella gentuza, ya no pude contenerme y me arrojé al cuello de uno para estrangularlo. ¡No son más duros que los otros, no! ¡Se hundían bien mis dedos en su garganta! Y le hubiera muerto si entre todos no me lo quitan. Ignoro cómo salí, cómo pude salvarme. Unos vecinos me ocultaron, y, al fin, me dijeron que podía irme al Havre... Así vengo.

La felicitaron; aquel patriotismo que ninguno de los viajeros fué capaz de sentir, agigantaba, sin embargo, la figura de la moza; y Cornudet, oyéndola, sonreía, con una sonrisa complaciente y protectora de apóstol; así oye un sacerdote á un penitente alabar á Dios; porque los revolucionarios barbudos monopolizan el patriotismo, como los clérigos monopolizan la religión. Luego habló doctrinalmente, con énfasis aprendida en las proclamas que á diario pone alguno en cada esquina, y remató su discurso con un párrafo magistral.

Pero *Rollo de manteca* exaltóse, contradiciéndole. No, no pensaba como él; era bonapartista, y

su indignación arrebolaba su rostro cuando balbucía:

—¡Yo hubiera querido veros á todos en su lugar! ¡A ver qué haríais! ¡Vosotros tenéis la culpa! ¡El emperador es vuestra víctima! ¡Con un Gobierno de gandules, como vosotros ¡daría gusto vivir! ¡Pobre Francia!

Cornudet, impasible, sonreía desdeñosamente; pero el asunto tomaba ya un cariz alarmante, cuando el conde intervino, esforzándose por calmar á la moza exasperada. Consiguiólo á duras penas, pro-



clamando, en frases corteses, que son respetables todas las opiniones.

Mientras, la condesa y la esposa del industrial, que profesaban á la República el odio implacable de las gentes distinguidas, reverenciando con instinto femenino todos los gobiernos altivos y despóticos, involuntariamente sentíanse atraídas hacia la prostituta, cuyas opiniones eran semejantes á las más prudentes y encopetadas.

Habiase vaciado la cesta. Repartida entre diez personas, aún pareció escasez su abundancia, y casi todos lamentaron prudentemente que no hubiera más. La conversación proseguía menos viva en cuánto no hubo nada que mascar.

Cerraba la noche. La obscuridad era cada vez más densa, y el frío punzante penetraba y estremecía el cuerpo de *Rollo de manteca*, á pesar de su gordura. La señora condesa de Breville ofrecióla su rejilla, cuyo carbón químico había sido renovado ya varias veces, y la moza se lo agradeció mucho, porque tenía los pies helados. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau corrieron las suyas hasta los pies de las monjas.

El mayoral había encendido los faroles, que alumbraban con vivo resplandor las ancas de los jamelgos y, á uno y otro lado, la nieve del camino

que parecía desarrollarse bajo los reflejos temblorosos.

En el interior del coche nada se veía; pero de pronto se pudo notar un manoteo entre *Rollo de manteca* y Cornudet. Loiseau, que disfrutaba de una vista penetrante, creyó ver al hombre barbudo apartando rápidamente la cabeza, como si huyera el castigo de un puño cerrado y certero.

En el camino se distinguían unos puntos luminosos. Llegaban á Totes por fin. Después de catorce horas de viaje la diligencia se detuvo frente á la Posada del Comercio.

Abrieron la portezuela y algo terrible hizo estremecer á los viajeros: eran los tropezones de la vaina de un sable cencerreando contra las losas. Al punto se oyeron unas palabras dichas por un alemán.

La diligencia no se movía, pero nadie se apeaba, como si temieran ser acuchillados al salir. Luego apareció el mayoral con un farol en la mano.

El mayoral acercóse, alzando el farol, y alumbró súbitamente las dos hileras de rostros pálidos, cuyas bocas abiertas y cuyos ojos turbios, denotaban la sorpresa y el espanto. Junto al mayoral, recibiendo también el chorro de luz, aparecía un oficial prusiano, joven, excesivamente delgado y rubio, con el

uniforme ajustado, como un corsé, llevando ladeada la gorra de plato, que le daba el aspecto de un recadero de fonda inglesa. Muy largas y tiesas las guías del bigote—disminuyendo indefinidamente hasta rematar en un solo pelo rubio, tan delgado, que no podía verse dónde terminaba—, parecían tener las mejillas tirantes con su peso, violentando también las cisuras de la boca.

En francés-alsaciano indicó á los viajeros que se apearan.

Las dos monjitas



obedecieron las primeras con una santa docilidad propia de las personas acostumbradas á la sumisión. Luego, el conde y la condesa; en seguida el fabricante y su esposa. Loiseau hizo pasar delante á su cara mitad, y al poner los pies en tierra, dijo al oficial:

—Buenas noches, caballero.

El prusiano, insolente como todos los poderosos, ni se dignó contestar.

Rollo de manteca y Cornudet, aun cuando se hallaban más próximos á la portezuela que todos los demás, apeáronse los últimos, erguidos y altaneros en presencia del enemigo. La moza trataba de contenerse y mostrarse tranquila; el revolucionario resobábase la barba rubicunda con mano inquieta y algo temblona. Los dos querían mostrarse dignos, imaginando que representa cada cual á su patria en situaciones tan desagradables; y de un modo semejante, fustigados por la frivolidad acomodaticia de sus compañeros, la moza estuvo más altiva que las mujeres honradas, y el otro, decidido á dar ejemplo, reflejaba en su actitud la misión de indómita resistencia que ya lució abriendo zanjas, talando bosques y minando caminos.

Entraron en la espaciosa cocina de la posada y el prusiano, después de pedir el salvoconducto

firmado por el general en jefe, donde constaban los nombres de todos los viajeros, detallando su profesión y estado, los examinó detenidamente, comparando las personas con las referencias escritas.

Luego dijo, en tono brusco:

—Está bien.

Y se retiró.

Respiraron todos. Aún tenían hambre, y pidieron de cenar. Tardarían media hora en poder sentarse á la mesa, y mientras las criadas hacían los preparativos, los viajeros curiosearon las habitaciones que les destinaban. Abrían sus puertas á un largo pasillo, al extremo del cual una mampara de cristales raspados lucía un expresivo número.

Iban á sentarse á la mesa, cuando se presentó el posadero. Era un antiguo chalán, asmático y obeso, que padecía constantes ahogos, con resoplidos, ronqueras y estertores. De su padre había heredado el nombre de Follenvie.

Al entrar, hizo esta pregunta:

—¿La señorita Isabel Rousset?

Rollo de manteca, sobresaltándose, dijo:

—¿Qué ocurre?

—Señorita: el oficial prusiano quiere hablar con usted ahora mismo.

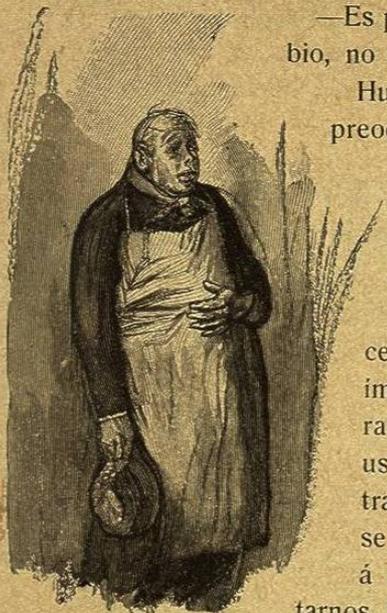
—¿Para qué?

—Lo ignoro, pero quiere hablarla.

—Es posible. Yo, en cambio, no quiero hablar con él.

Hubo un momento de preocupación; todos querían adivinar el motivo de aquella orden. El conde se acercó á la moza:

—Señorita: es necesario reprimir ciertos impetus. Una intemperancia por parte de usted, podría originar trastornos graves. No se debe nunca resistir á quien puede aplas-



tarnos. La entrevista no revestirá importancia, y sin duda tiene por objeto aclarar algún error deslizado en el documento.

Los demás, adhiriéndose á una opinión tan razonable, instaron, suplicaron, sermonearon y, al fin, la convencieron, porque todos temían las complicaciones que pudieran sobrevenir. La moza dijo:

—Lo hago por complacer á ustedes nada más.

La condesa la cogió la mano, asegurando:

30514

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO REYES"
SAN MONTECERRE, MÉXICO

—Agradecemos el sacrificio.
Rollo de manteca salió; y aguardaron á servir la comida para cuando volviera.



Todos hubieran preferido ser los llamados, temerosos de que la moza irascible cometiera una indiscreción, y cada cual preparaba en su magín varias insulseces para el caso de com arcer.

Pero á los cinco minutos la moza reapareció, encendida, exasperada, balbuceando:

— ¡Miserable! ¡Ah, miserable!

Todos quisieron averiguar; pero ella no respondió á las preguntas que la dirigían, limitándose á repetir:

—Es un asunto mío, sólo mío, y á nadie le importa.

No mostrando trazas la moza de ser más explícita, se hizo un silencio en torno de la sobera huemeante. Cenaron bien y alegremente, á pesar de los malos augurios. Como era muy aceptable la sidra, el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, para economizar. Los otros pidieron vino, exceptuando á Cornudet, que pidió cerveza. Tenía una manera especial de descorchar la botella, de hacer espuma, de contemplarla, inclinando el vaso, y de alzarlo para observar al trasluz su transparencia. Cuando bebía, sus barbasas—que tenían el color de su brebaje predilecto—, estremecíanse de placer; guiñaba los ojos para no perder su vaso de vista, y sorbía tan solemnemente como si aquella fuese la única misión de su vida. Hubiérase dicho que parangonaba en su espíritu, hermanándolas, confundiendo en una, sus dos grandes pasiones: la cerveza y la Revolución; y seguramente no

pudiera paladear aquélla sin pensar en ésta.

El posadero y su mujer comían al otro extremo de la mesa. El señor Follenvie, resoplando como una locomotora esportillada, tenía demasiado estertor para poder hablar comiendo; pero ella no callaba ni un solo instante. Refería todas sus impresiones desde que vió á los prusianos por vez primera, lo que hacían, lo que decían los invasores, maldiciéndolos y odiándolos al principio, en primer lugar porque le costaba dinero mantenerlos, y también porque tenía un hijo soldado. Se dirigía siempre á la condesa, orgullosa de que la oyese una dama de tanto fuste.

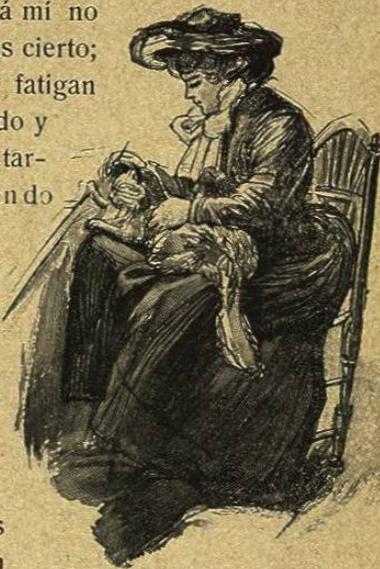
Luego bajaba la voz para comunicar apreciaciones comprometidas; y su marido, interrumpiéndola de cuando en cuando, aconsejaba:

—Más prudente fuera que te callases.

Pero ella, sin hacer caso, proseguía:

—Sí, señora; esos hombres no hacen más que atracarse de cerdo y de patatas, de patatas y de cerdo. Y no crea usted que son pulcros. ¡Oh, nada pulcros! Todo lo ensucian; y donde les apura... lo sueltan, con perdón sea dicho. Hacen el ejercicio durante algunas horas, todos los días, y anda por arriba, y anda por abajo, y vuelve á la derecha y vuelve á la izquierda. ¡Si labrasen los campos ó trabajasen en las carrete-

ras de su país! Pero no, señora; esos militares no sirven para nada. El pobre pueblo tiene que alimentarlos mientras aprenden á destruir. Yo soy una vieja sin estudios; á mí no me han educado, es cierto; pero al ver que se fatigan y se revientan yendo y viniendo mañana y tarde, me digo: Habiendo tantas gentes que trabajan para ser útiles á los demás, ¿por qué otros procuran, á fuerza de tanto sacrificio, ser perjudiciales? ¿No es una compasión que se maten los hombres, ya sean prusianos ó ingleses, ó poloneses ó franceses? Vengarse de uno que nos hizo daño, es punible, y el juez lo condena, pero si degüellan á nuestros hijos, como reses llevadas al matadero, no es punible, no se castiga; se dan condecoraciones al que destruye más. ¿No es cierto? Nada sé, nada me han enseñado; tal vez por mi falta de instruc-



ción ignoro ciertas cosas, y me parecen injusticias.

Cornudet habló campanudamente, diciendo:

—La guerra es una salvajada cuando se hace contra un pueblo tranquilo; es una obligación cuando sirve para defender la patria.

La vieja murmuró:

—Sí; defenderse, ya es otra cosa. Pero ¿no deberíamos antes ahorcar á todos los reyes que tienen la culpa?

Los ojos de Cornudet se abillantaron:

—¡Magnífico, ciudadana!

El señor Carré-Lamadon reflexionaba. Sí; era fanático por la gloria y el heroísmo de los famosos capitanes; pero el sentido práctico de aquella vieja le hacía calcular el provecho que reportarían al mundo todos los brazos invertidos en el manejo de las armas, todas las fuerzas improductivas consagradas á preparar y sostener las guerras, cuando se aplicasen á industrias que necesitan siglos de actividad.

Loiseau, levantándose, acercóse al fondista y le habló en voz baja. Oyéndole Follenvie, reía, tosía, escupía; su enorme vientre rebotaba gozoso con las guasas del forastero; y le compró seis barriles de burdeos para la primavera, cuando se hubiesen retirado los invasores.

Acabada la cena, como era mucho el cansancio que sentían, se fueron todos á sus habitaciones.

Pero Loiseau, observador minucioso y sagaz,

